

Herencia africana, cultura popular y nacionalismo en Argentina

Carlos M. Tur Donatti*

Existe en América Latina la creencia extendida de que la población argentina es uniformemente blanca y europeizada. Esta creencia fue difundida por los intelectuales de la república oligárquica (1880-1916) e implicaba un alto grado de olvido del pasado y proyectaba la excepcional realidad étnica del momento en la utopía deseable. Pero resulta innegable que, a principios del siglo pasado, el otrora numeroso grupo de origen africano se haya diluido en la masa de la población subordinada; sin embargo, su herencia simbólica se transformaría e integraría en una rica cultura popular, expresada en candombes, milongas y tangos y sus peculiares coreografías. Décadas después, en las de 1930 y 1940, asistimos a una exhumación-recreación del ámbito musical y dancístico de los afroargentinos en la época de Juan Manuel de Rosas (1829-1852), que constituyó una parcela de los nacionalismos culturales surgidos en los años veinte y se desplegarían en las décadas siguientes (Tur Donatti, 1995). ¿Por qué razones se produjo esa peculiar exhumación-recreación y qué incidencia tuvo en el imaginario nacional? A tales interrogantes procuraremos responder a lo largo de este texto.

En la región del Río de la Plata no se descubrieron minas argentíferas ni existía una densa población asentada; sin embargo, como en el Alto Perú y en la Nueva España, los colonizadores españoles solicitaron a la corona, desde fines del siglo XVI, el envío de esclavos negros. A lo largo de los siglos coloniales la escasez crónica de mano de obra fue mitigada con la importación de trabajadores africanos (Bernand, 1999: 63-66) que, como en otras latitudes del imperio español, desempeñaron diferentes oficios urbanos

y el servicio doméstico en casa de eclesiásticos y familias criollas y peninsulares.

Al comenzar el siglo XIX, un oficial inglés afirmó que la población blanca de la ciudad de Buenos Aires sólo ascendía a 20% del total, y otros viajeros encontraron a esclavos vendimiando y elaborando vino en Mendoza o negros recogiendo sal en el norte de la Patagonia.¹ Tampoco podía faltar esta indispensable mano de obra en las estancias ganaderas pampeanas o en el trabajo agrícola de las provincias interiores (Gaignard, 1989: 87-89). Su participación no se redujo a diferentes actividades productivas, ya que también estuvieron en la primera línea durante el rechazo a las invasiones inglesas de 1806 y 1807, en las luchas interprovinciales posteriores a 1810 y contra las fuerzas del colonialismo español. Con el señuelo de la libertad, fueron incorporados en forma masiva a los ejércitos patriotas: en la batalla de Maipú, con la que se inició la liberación de Chile, murieron 400 afroargentinos (Lanuza, 1967: 71).

A pesar de las ideas liberales de la revolución de independencia, la esclavitud no se abandonó totalmente hasta mediados de siglo ni se atemperaron los prejuicios raciales de origen colonial: para denigrar al tucumano Bernardo Monteagudo, secretario del libertador José de San Martín, se le llamaba *el Hijo de la Negra*, o para descalificar al porteño Bernardino Rivadavia lo apodaron *el Doctor Chocolate* (*ibidem*: 11).

Las relaciones interétnicas tampoco eran idílicas entre la masa de los grupos sociales subordinados. Martín Fierro, el paradigmático gaucho maltratado por las autoridades,

¹ Samuel S. Trifilo (1959: 136, 228) cita al viajero inglés John Miers, que visitó Mendoza en 1819, así como al capitán Robert Fitz Roy, que recorrió la Patagonia en la década de 1830.

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

personaje central del famoso poema de José Hernández (1973: 35), canta con intención provocadora:

A los blancos hizo Dios,
a los mulatos san Pedro;
y a los negros hizo el Diablo
para tizón del infierno.

Pero estas relaciones interétnicas conflictivas muestran una excepción llamativa: el juicio amable, cuando no fervoroso, de europeos y criollos hacia las mulatas rioplatenses. El funcionario ilustrado español Félix de Azara, a fines del siglo XVIII, el comerciante escocés John Robertson, en 1811 (Trifilo, 1959: 213), y el escritor y político Domingo Faustino Sarmiento, a mediados del XIX, coincidieron en su inclinación hacia estas seductoras muchachas. Con toda la autoridad de su formación iluminista, don Félix de Azara (1969: 276), que durante 20 años recorrió las regiones del sur, sienta plaza teórica y concluye, después de alabarles la frescura y dulzura de su piel, que “no es ésta la única ventaja que hace que los inteligentes prefieran las mulatas a las mujeres españolas, pues además pretenden que con dichas mulatas experimentan placeres especiales que las otras no les proporcionan”.

Bajo los gobiernos porteños de Juan Manuel de Rosas, entre 1829 y 1852, férreo dictador y poderoso estanciero, la población afroargentina libre y esclava contó con amplias facilidades oficiales para celebrar sus fiestas y bailes. El propio Rosas y su familia acudían a estos jolgorios masivos y eran fervorosamente apoyados por la población negra. El manejo político de esta peculiar relación servía a Rosas para ampliar su base social y atemorizar a las familias unitarias que se le oponían.

La fidelidad afro al dictador federal se mantuvo por largos años después de su derrocamiento en 1852, como lo comprobó su sobrino Lucio V. Mansilla (1984: 187) al conversar con un negro en tierras indias que esperaba el regreso de “nuestro padre Rosas” para volver a Buenos Aires. Producida la caída del gobierno rosista, la esclavitud fue abolida por completo y otras

cuestiones pasaron a preocupar a la comunidad negra. El universalismo liberal, que sostenía la igualdad entre las razas, llevó a suprimir las escuelas separadas, y el rector de la universidad porteña proclamó la apertura de sus aulas a la juventud de color. En estos nuevos tiempos, en 1858 apareció el periódico *La Raza Africana*, que invocaba los ideales ilustrados de 1810, para convertirse luego en *El Proletario*, que asumió la defensa de los afroargentinos en una perspectiva más amplia (Bernand, 1999: 199).

Las guerras, las enfermedades y el mestizaje fueron diluyendo la presencia negra en el total de la población. El arribo masivo de inmigrantes europeos durante la segunda mitad del siglo XIX representó un doble desafío para la debilitada comunidad. Los recién llegados, en general hombres jóvenes y solteros, comenzaron a establecer parejas con negras y mulatas, y además, a invadir los oficios que los hombres negros habían ejercido casi con exclusividad desde la época colonial.

Así lo cantaba una comparsa en las fiestas de carnaval:

Ya no hay negro botellero
ni tampoco changador,
ni negro que vende fruta,
mucho menos pescador;
porque esos napolitanos
hasta pasteleros son,
y ya nos quieren quitar
el oficio de blanqueador.

La fusión de etnias y culturas no operaba en una sola dirección: los ritmos africanos también ganaban a los criollos e inmigrantes. El coro de una comparsa cantaba (Lanuza, 1967: 220-221):

Ya no hay sirviente
de mi color
porque bachichas
toditos son
dentro de poco
¡Jesús, por Dios!
bailarán semba
con el tambor

Esta población afro que vio perder sus rasgos étnicos y sus ocupaciones tradiciona-



les fue desplazada hacia ciertos barrios de la ciudad, que se fueron poblando de prostíbulos, y en este ambiente surgiría el tango. En esta creación popular el aporte afro es evidente en el lenguaje y en la formación de sus primeros conjuntos. Palabras como *mucamo*, *quilombo*, *tamangos*, *mandinga*, *batuque* y *catínga* se incorporaron al lenguaje popular y a las letras de tangos y milongas. Los conjuntos originales de esta época –“sierpe de lupanar”, apostrofaría Leopoldo Lugones al tango– “copiaron la composición de las pequeñas orquestas de negros, tal como venían tocando en América Latina desde el siglo XVIII” (Matamoros, 1971: 19). El más antiguo tango firmado que se ha conservado, *El enterriano*, lo publicó en 1896 el pianista mulato Rosendo Mendizábal, que alternaba sus discretas apariciones en prostíbulos con la enseñanza a niñas de hogares distinguidos. Repudiado por las familias porteñas respetables antes de la guerra de 1914, al triunfar en París el tango volvió a Buenos Aires y en la década de 1920 se impuso en los cabarets del centro, frecuentados por los hijos de los estancieros.

Esta conquista de la música popular se produjo en un ambiente transformado por el advenimiento de los radicales al poder nacional y el derrumbe del modelo cultural europeo, como consecuencia de la Gran Guerra y las revoluciones en México y Rusia. Los nacionalismos político-culturales propios del siglo XX comenzaron a despuntar en el Río de la Plata con el interés por la música tradicional de provincias y la evocación nostálgica de la población negra y sus bailes. En 1921 el conjunto de Andrés Chazarreta debutó en Buenos Aires con los géneros criollos de la provincia de Santiago del Estero, y en 1926 Pedro Figari, talentoso pintor uruguayo, revivió en sus telas vibrantes a los negros candomberos del siglo XIX.

La nueva sensibilidad mostró diversas motivaciones e intereses, que llevaban, por ejemplo, a la impugnación de la lectura liberal-oligárquica del pasado y a la reivindicación de Juan Manuel de Rosas como modelo de gobernante autoritario y popular. Esta tarea de revisión historiográfica fue emprendida por Carlos Ibarguren, que publicó *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama y su tiempo*, libro que recibió en 1930 el Premio Nacional de Literatura.

Estas manifestaciones precursoras de interés heterodoxo por el pasado rioplatense y sus legados étnicos y artís-

ticos se desplegarían en las siguientes décadas en un vasto y heterogéneo movimiento nacionalista, que confrontaría al liberalismo tradicional en lo político y a la definición aperturista-cosmopolita de sus artistas e intelectuales. Estos dos ámbitos ideológico-culturales: el liberal-cosmopolita de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Victoria Ocampo en la revista *Sur*, y el ámbito nacionalista-hispanista, constituyeron los dos campos opuestos y complementarios de la cultura hegemónica en Argentina.

La crítica a la concepción liberal del pasado y la propuesta revisionista alternativa fueron ganando adeptos en el medio de la cultura popular tanguera, de temática urbana y raíces mezcladas. Pero si en su lectura del siglo XIX a los historiadores nacionalistas les interesaba sobre todo res-

catar la personalidad y actuación de Juan Manuel de Rosas como ejemplo de una política fuerte y defensiva con base de masas, a Homero Manzi y otros poetas tangueros les preocupaba rescatar la tradición musical y dancística de la población negra y mulata de la época rosista (Ford, 1971: 103-104). Milongas y candombes pasaron así a engrosar el caudal de la cultura popular tanguera, que en los años cuarenta tuvo una notable creatividad y aceptación masiva.

Pero este interés común por el pasado rioplatense de nacionalistas y tangueros no podía ocultar el choque de sus sensibilidades opuestas: aristocratizantes, hispanófilos y católicos los primeros, y los segundos volcados a la evocación de personajes y barrios orilleros, a la condena del centro pecaminoso y a los lances y desventuras de los sentimientos. Los tangueros eran hijos de la inmigración reciente que habían recogido aportes afros, cubanos, andaluces y los habían fundido en una creación propia: el tango como música, canto y baile; y que posteriormente habían incorporado los ritmos y la evocación de un grupo de origen africano desaparecido.

Los intelectuales nacionalistas, molestos por esta irrupción plebeya, expresaron su visceral rechazo y prohibieron la difusión pública de tangos y milongas por su “lenguaje obsceno”, lenguaje en el que menudeaban las palabras de orígenes tanto africano como italiano. Esta decisión represiva la tomó Gustavo Martínez Zubiría, conocido escritor nacionalista y ministro del gobierno militar surgido del golpe de Estado de 1943 (Tur Donatti, 1999).



Durante los años de gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955), los nacionalistas hispanizantes manejaron el aparato cultural oficial y promovieron los estilos y danzas de antigua raigambre criolla y, curiosamente, al bolero mexicano, llegado en la voz de Alfonso Ortiz Tirado a Buenos Aires en 1931, quizá por su lenguaje de depurado casticismo y su recatado sentimentalismo romántico.

Esta orientación nacionalista conservadora contrastaba con el populismo tanguero que durante los años peronistas enriqueció su repertorio con tangos, milongas y candombes que se ejecutaban y bailaban en masivas fiestas populares y se representaban en los grandes teatros porteños.

Los poetas y músicos tangueros, quizá sin tener plena conciencia de las consecuencias culturales de su producción, parecen haber inaugurado una lectura desde abajo, desde una raíz ignorada, y comenzado a revalorar el aporte humano y cultural africano.

Pero si en la lectura oficial del pasado y en la corta memoria de los sectores medios urbanos en general no se incluía a negros ni mulatos, éstos sí eran ineludibles personajes en la crónica familiar de escritores del campo liberal-cosmopolita, fervorosamente adversos al estilo plebeyo del peronismo. Tanto Victoria Ocampo como Jorge Luis Borges los recordaron con simpatía condescendiente, propia de su sensibilidad criolla de vieja ascendencia porteña (Borges, 1985: 11).

El rescate de la personalidad histórica de Juan Manuel de Rosas en que se empeñaron los nacionalistas autoritarios, así como el de la música y bailes africanos por parte de los nacionalistas-populistas, animó el debate ideológico cultural y mereció una amplia respuesta desde el campo liberal-cosmopolita: quizá su expresión orgánica mayor fue *Morenada, una historia de la raza africana en el Río de la Plata* de José Luis Lanuza, que en 1947 recibió un premio de literatura de la municipalidad de Buenos Aires. Este autor reconocía que la historia oficial de orientación liberal había olvidado a la población negra, pero criticaba su resurrección simbólica reciente. Sus palabras expresaban una clara intencionalidad descalificadora: "Nuestra historia común se permite negros solamente en la época de la tiranía de Rosas. En esto parece reincidir su espíritu decorativo, sea que indudablemente armonizan bien el rojo federal y los

rostros morenos. Con esa simple combinación –y muy poco más– se ha formado una barata tradición federal –vivero de novelones, teatro ¡y hasta tangos!– con mucho tamborileo de candombes, el inevitable enamorado unitario y una constante preocupación meteorológica por parte de los serenos" (Lanuza, 1967: 8).

Esta polémica sobre los orígenes étnicos, la cultura popular y la política del siglo XIX, polémica cargada de ideologías y aferrada a los enfrentamientos contemporáneos, se iría transformando en los conflictivos años posteriores a 1955. La exhumación nacional-populista de la cultura afro se fue diluyendo, aunque Edmundo Rivero, Susana Rinaldi y Mercedes Sosa cantaron milongas y candombes negros, y, simultáneamente, en el último cuarto del siglo pasado, apareció un inédito interés académico en investigar esta tercera raíz de la vieja Argentina anterior a 1880.



Bibliografía

- Azara, Félix de, *Viajes por la América meridional*, Madrid, Espasa Calpe, 1969.
- Bernand, Carmen, *Historia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Borges, Jorge Luis, *Prosa completa*, Barcelona, Bruguera/Emecé, 1985, vol. I.
- Ford, Aníbal, *Homero Manzi*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Gaignard, Romain, *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación desde la conquista hasta la crisis mundial, 1550-1930*, Buenos Aires, Solar, 1989.
- Hernández, José, *Martín Fierro*, 17ª ed., Buenos Aires, Espasa Calpe, 1973.
- Lanuza, José Luis, *Morenada. Una historia de la raza africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Schapire, 1967.
- Mansilla, Lucio V., *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Matamoras, Blas, *Historia del tango*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Trifilo, S. Samuel, *La Argentina vista por viajeros ingleses, 1810-1860*, Buenos Aires, Gure, 1959.
- Tur Donatti, Carlos Mariano, "La utopía criolla en el siglo XX. Cultura y política del nacionalismo restaurador en Argentina", en *Revista de Ciencias Sociales*, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, mayo de 1995.
- _____, "Juan Domingo Perón entre Malena y Ginebra", en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos*, México, UNAM, núm. 30, 1999.